

San José, Costa Rica

1925

Lunes 21 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

**SUMARIO:** *Sobre la pequeña jerarquía*, por Raúl Montero Bustamante.—*Amor en las breñas*, por Luis L. Franco.—*Palabras de despedida*, por J. Vasconcelos.—*Nuestra Tierra Prometida*.—*Apoteosis a Luis C. López*.—*Don Francisco Giner de los Ríos*, por Manuel Pedroso.—*Andersen*, por Augusto d'Halmar.—*Imperialismo*.—*Página lírica de Miguel de Unamuno*.—*La pena de muerte*, por L. E. Nieto Caballero.—*Comentarios fugaces*, por El Pasajero.—*Carta abierta*, por Eugenio D'Ors.—*Un desengaño*.—*LA EDAD DE ORO* (Lecturas para niños): *El signo sutil*, por Eugenio D'Ors.—*El árbol bueno*, por Agustín Acosta.—*El anillo de Policrates*, por Herodoto.

## Sobre la pequeña jerarquía

POR

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

(La Prensa, Buenos Aires).

ABEL Bonnard ha intentado, en un artículo muy ingenioso publicado en un diario parisiense, establecer una clasificación de los hombres que en una forma o en otra intervienen en el gobierno de las sociedades, o sea en la actividad política. En el fondo, todos somos un poco políticos, ya que en la sociedad moderna no puede concebirse el hombre que prescinda en absoluto de esa actividad tan compleja y universal que se llama política. La clasificación de Bonnard, que él llama «pequeña jerarquía», se refiere, sin embargo, a aquellos para quienes la política constituye ocupación habitual y permanente. El toma esa inmensa muchedumbre de hombres que se confunden en la obra de gobernar a las naciones, y los clasifica en grupos perfectamente caracterizados. Esta labor de clasificación no es para el escritor francés mero pasatiempo; Bonnard dice con mucha razón que en esta época de confusión universal es muy necesario tener ideas claras y concretas. Y nada más conveniente, por cierto, que aclarar los conceptos que se refieren al arte de gobernar a los hombres.

Prescindiendo de tipos intermedios—los matices son infinitos—, Bonnard halla en el teatro de la política estos tipos genéricos: el estadista, el político, el politicastro (*politicien*) y el demagogo. El estadista u hombre de Estado, es un tipo superior que «vive a la altura de la historia»; rara vez es popular, puesto que más que buscar la adhesión superficial de las masas, él procura asimilarse y traducir su instinto profundo. Ejemplos del género son: Pitt en Inglaterra, y Thiers en Francia, y para modernizar más el ejemplo podría citarse a Wilson, a Lloyd George, tal vez a Poincaré. El estadista es el hombre que por la sola acción de su genio político, traducido en ideas e iniciativas, y otras veces en rasgos de carácter inconfundible, se convierte en árbitro de los destinos de las naciones; él es señor de la paz y de la guerra; y es capaz de torcer o rectificar el curso de los acontecimientos. El político, según Bonnard, está por debajo

del hombre de Estado, pero es digno de comprenderlo. Así como el estadista es un personaje solitario, el político trabaja en comunidad; menos grande que aquél, es también menos peligroso. Este tipo gregario posee el conocimiento de las necesidades sociales y tiene la experiencia del gobierno. En el fondo, el político es un elemento de orden aun dentro del desorden, de conservación aun dentro de la destrucción. El politicastro (*politicien*) es el hombre que vive de la política, el verdadero profesional, para quien el problema primario consiste en la conservación de la posición conquistada. Para él todos los medios son buenos; pero este ejemplar tiene el arte de la apariencia y sabe por lo tanto disfrazar con actitudes teatrales, muchas veces de buen efecto, sus más lamentables caídas. El demagogo, por fin, es el intérprete de la inferioridad; es la voz de la envidia, del odio, de todos los sentimientos inconfesables. Hace su odioso papel invocando los grandes principios, la justicia, el ideal. Estos demagogos, según el escritor francés, pueden destruir un país cuando los politicastros lo han corrompido.

### Nuestros políticos

Tal es la pequeña jerarquía política que propone Bonnard y que, con ciertas limitaciones, correcciones y ampliaciones, podría ser aplicada a estas sociedades de Hispano América. No busquemos aquí al estadista «que vive a la altura de la historia». Acaso existió alguna vez como ejemplar esporádico, pero hoy es difícil hallarlo, aun cuando en ciertas circunstancias nos ha parecido advertir vagamente su silueta. Este tipo es el producto de una evolución social secular,

y de un proceso también de cultura secular. Para que aparezca, con los caracteres diferenciales que le acuerda Bonnard, es preciso que haya continuidad y coherencia en el desarrollo físico y moral de la sociedad. Estos países de aluvión, en que todo se transforma fundamentalmente en un cuarto de siglo, carecen por ahora de ese permanente *substratum* que da vida y nutre a estas poderosas individualidades. En cambio del estadista, tenemos en la América española al caudillo, tipo que no figura en la pequeña jerarquía de Bonnard. El caudillo suele ser un hombre de Estado a su modo y a nuestro modo americano, y aun se da el caso de que, como el estadista, «viva a la altura de la historia». El caudillo es civil o militar, pero antes que nada es caudillo. Es evidentemente un ejemplar superior de la especie, si no siempre por el talento y la cultura, si por el carácter y, sobre todo, por el instinto que le presta cierto sentido de adivinación respecto a los problemas que interesan a los pueblos. También el caudillo, como el estadista, es un ente solitario aun cuando viva en medio de la comunidad. Ejerce la autoridad de que se siente ungido con la solemnidad de un rito religioso, y aun se da el caso de que cierta aureola mística rodee, defienda y agregue sugestivo misterio al prestigio del personaje. Si el caudillo no es tan grande como el estadista, en cambio es más peligroso, puesto que su acción no tiene control ni límites.

Ser político en estas sociedades de América, al menos con el influjo intelectual y moral que acuerda Bonnard a esta especie, es privilegio de pocos. El político es siempre un intelectual puro que no halla acomodo en el proceso hecho de imprevistos del gobierno. En el ministerio será siempre un factor de crisis; en el Parlamento, un teorizante sin partido. El politicastro, en cambio, forma legión. Es el profesional de la política y no hay profesional que defienda con más ardor su profesión, y, sobre todo, los beneficios que ella produce. Su actividad es capaz de desarrollarse en todos